

de las filas. Entonces perdieron su predominio los que le ejercían, y los que seguían con repugnancia, ó aun con indiferencia, la voz de los acostumbrados á dirigirlos dieron entrada en sus pensamientos á temores y cálculos que ninguna pasión fuerte contrarrestaba. Quedó llana la entrada á Aspiroz y Narvaez, y, aunque hubieron de mediar tratos con el primero para que antes verificase la suya, no fueron hechos con la competente formalidad ni por personas bien autorizadas por parte de los madrileños. Así, entraron en Madrid las tropas de uno y otro general, tardando poco en llegar las de Narvaez, y pasearon el trecho que media entre la puerta de Alcalá y el real palacio, entre numeroso y atónito gentío que las veía con diversos y contrarios afectos, habiéndose lanzado á las calles ufanos los moderados, poco antes escondidos para evitar afrentas y vejaciones, gente casi toda ella de la condición alta ó mediana, y no desamparando el terreno, aunque hubiesen soltado las armas, los vencidos, los cuales daban muestras de su sentimiento en sus semblantes tétricos y ceñudos. La reina, niña inocente aun, habiéndosela mantenido ignorante de cuanto en España pasaba, y creyendo que la ausencia de su madre, á quien amaba con pasión tierna y extremosa, era voluntaria, recelaba que había caído en manos de enemigos, y recibió acongojada á los generales victoriosos que solicitaron y alcanzaron permiso de entrar á besarle la mano. Desengañóse en breve, y celebró como propio el recién conseguido triunfo.

Era indispensable y urgente hacer uso de la victoria para poner algún orden en la desgovernada monarquía. Tratóse antes que todo de la capital. Quedó privada de sus armas la milicia nacional de Madrid; cuerpo señalado por grandes servicios y no menores desmanes, siendo muy de lamentar que la necesidad de reprimir los segundos estorbaba dar á los primeros todo el valor de que eran merecedores. Estas fueron disposiciones dadas por la autoridad militar dueña del poder vacante. El ministerio había desaparecido. Cuetos había hecho dimisión. Solo Mendizabal, con firmeza que le honra, insistía en ser ministro, pero, fuese cual fuese su derecho, su pretensión era descabellada. En el día siguiente al de la entrada de Narvaez en Madrid, mudaron en todo de aspecto las cosas. Acelerándose Serrano y Prim, entraron en la capital entre aplausos. El primero se había hecho gobierno de España y estaba reconocido por serlo entre los sublevados, á quienes así como al Estado en general fué de sumo provecho su loable osadía. Considerándose todo el ministerio de que este general era parte como mal despedido por el regente, y reintegrado en el mando por el voto de los pueblos manifestado en el levantamiento, solo se trató de buscar y juntar sus dispersos miembros para que formados en cuerpo tomase este el timón de la nave de la monarquía. Salió D. Joaquin Lopez del lugar donde estaba escondido para volver á la presidencia del consejo de ministros, gozoso mas que otros, no por codicia de mandar, muy ajená de su condición, sino porque, previendo poco, juzgó llegado el día del triunfo de sus doctrinas en vez de conocer que se habían encaminado las cosas de tal manera que su paradero mas probable era la dominación de los moderados. Poco despues